JAVIER DE MONTEPIN.

SU MAGESTAD EL DINERO.

QUINTA PARTE

LAS TRES HERMANAS.

Edicion de "La Revista."

MONTEREY.
TIPOGRAFIA DEL COMERCIO
3—CALLE DE PUEBLA—3
1882

LAS TRES HERMANAS.

I

Lazarine, al llegar á la Tour du Roy, estaba tan fatigada de cuerpo y alma que, á pesar de haber leido la desconsolada carta del conde Raoul, no se sintió con fuerzas ni valor para ponerse en camino al instante.

Al dia siguiente á las diez de la mañana, aunque no aliviada de sus sufrimientos, y despues de una mala noche, dió órden de que engancháran y se dirigió al castillo de Gordes.

En menos de hora y media recorrieron los caballos veinticuatro kilómetros que separaban las dos propiedades.

Raoul, seguro de la visita de la señora de la Tour du Roy, asomado á la ventana del primer

piso miraba la larga avenida que conducia al castillo.

Cuando la victoria se detuvo en el patio principal, el conde ya estaba allí dispuesto á dar la mano á Lazarine para bajar del coche.

—¡Sed la bienvenida cien veces y cien veces mas, querida hermana!—la dijo despues de haberla abrazado con tierna efusion.—Alégrame mucho vuestra presencia. Tomad mi brazo y venid.....

—¿Me llevais al lado de Juana?

—Nó, necesito antes hablaros un momento; luego vereis á nuestra dulce y adorada enferma.

Lazarine acompañó á Raoul al gabinete de sus habitaciones particulares.

Tomó asiento, y durante algunos segundos el conde permaneció en pié delante de ella é inmóvil con la vista baja.

Solo entonces pudo la señora de la Tour du Roy mirarle, y quedó sorprendida del cambio que se habia operado desde su partida en aquel rostro inteligente y animado, siempre hermoso, pero llevando impreso el dolor.

Raoul en pocos meses habia envejecido ocho ó diez años.

Una profunda arruga surcaba su frente.

Largas y negras ojeras rodeaban sus ojos

hundidos, en los cuales brillaba el febril resplandor de sus pupilas.

Sus cabellos empezaban á encanecer á la raiz de las sienes.

Blancas hebras aparecian en medio de su poblada barba negra.

La palidez de su enflaquecido rostro hacia resaltar mas aún el encendido color de algunas manchas rojas producto de la fiebre.

Lazarine estudiaba con compasion las huellas materiales y palpables de uno de esos pesares que matan lenta pero con tanta seguridad como un mortal veneno, y respetando el silencio de su hermano, no se atrevia á hablar la primera.

El señor de Gordes levantó la cabeza.

—Querida hermana—dijo con voz trémula, en que se adivinaba un pesar próximo á exhalarse en lágrimas,—¡soy desgraciado.... muy desgraciado!

—Sin empargo, ¿no habreis perdido aún toda esperanza?—preguntó apresuradamente la marquesa.

—No la perderé sino cuando vea á Juana ya muerta y que su cadáver esté rígido. Hasta entonces esperaré que Dios haga un milagro.... y cuento con que lo hará. Pero hay momentos, que aumentan de dia en dia, de hora en

hora, en que me veo obligado á confesar que esta esperanza mia es insensata.

—¡Juana es tan jóven!

—¡Ay! su tierna juventud no conseguirá á detener la muerte. ¿Sabeis por qué os he conducido aquí antes de que viérais á la condesa?

—Porque teníais que hablarme.... así me lo habeis dicho.

—Sí; tenia que preveniros, tenia que encargaros que estuviérais muy sobre vos para dominar. Tenia que suplicaros que ocultárais vuestro dolor y vuestro espanto. No espereis ver á la niña radiante de alegria y de vida, de quien os separásteis hace algun tiempo, sino la sombra de mi adorada mujer.

—¡Dios mio! Hasta ese estremo.....

—¡Sí, hasta ese extremo ha llegado, querida Lazarine; y ya comprendeis que Juana, cuya agravacion no ataca á su parte moral y conserva íntegras sus facultades intelectuales, no sorprenda en la expresion de vuestro rostro el espanto que ha de produciros el verla.

—Perded cuidado, hermano mio. Mi rostro no expresará mas que cariño, y si es preciso sabré sonreirme aunque se me está destrozando el corazon.....

—Lo que me decís me tranquiliza. Tengo absoluta confianza con vuestra bondad y prudencia.... Era de urgencia advertiros y lo he hecho.

—¿No sospecha Juana la gravedad de su mal?

—Parece ignorarla.... pero no me atreveria á afirmar nada de positivo respecto al particular.

—¿Por qué?

—Juana, que es un ángel quizá, conoce que no tiene remedio, y no lo dá á entender, antes bien lo oculta.

—¿Por qué habia de disimular hasta ese punto?

—Porque quiere dejarme abrigar una esperanza lejana. Porque no quiere añadir otro nuevo dolor á los que ya me abruman. Juana es capaz de todo sacrificio, de toda abnegacion, de todo olvido de sí mismo. Mi dulce Juana es demasiado perfecta para este mundo en que vivimos y Dios nos la quita. ¡Oh! ¡compadecedme, compadecedme, hermana mia, y llorad conmigo! Os lo he dicho: soy muy desgraciado.

Y Raoul, sentándose junto á Lazarine, ocultó el rostro entre sus manos.

No pronunció una sola palabra durante algun tiempo, pero sus movimientos convusivos demostraban el terrible combate y la eterna desesperacion que le poseía.

Rompió por último á llorar sollozando, y las lágrimas brotaban de sus ojos mojándole las manos con que se cubrió el rostro, y por entre las cuales se deslizaban por el pecho.

La vista de aquel hombre anonadado, que lloraba como una mujer, era en verdad el espectáculo mas conmovedor que fuera posible presenciar.

Lazarine, conmovida profunda y sinceramente altetarada (ya sabemos que queria á su hermana todo lo que era capaz de quererla), se sintió desfallecer y mezcló sus lágrimas á las ardientes de Raoul.

—¡Valor, hermano mio!—balbuceó al cabo de un rato, estrechando las manos del conde entre las suyas.

El señor de Gordes, volviéndose á la marquesa y mirándola, le respondió:

—¡Valor! ¿Acaso me es posible tenerle cuando esa niña, que es mi vida, ese ángel á quien adoro con toda mi alma, que era mi amor, mi dicha, mi porvenir entero, se extingue lentamente á mi vista, sufriendo sin lanzar una queja, sin una protesta, con la resignacion de una mártir, y dejando ver dibujarse la sonrisa en sus pálidos labios á fin de no entristecerme? ¿Existia yo acaso ántes de conocer á Juana? ¿Existiré cuando me falte? Dios me castiga con exceso al herirme de este modo. Cierto

que los errores de mi pasado merecian castigo, pero el que Dios me envia es superior á las fuerzas de un hombre. Considerad, Lazarine, que todo se desploma ante mí. El vacio vá á ser lo único que me rodee. ¡Si supiérais cuan feliz era!.... si lo supiérais.... y pronto, mañana quizá nada.... ¡la nada! una tumba que no podré compartir, porque la ley divina prohibe el suicidio, y que al separarnos en este mundo la muerte, continuariamos separados en en el otro por el crímen. Lazarine, hermana mia, tened piedad de mí; compadecedme, pero no intenteis darme consuelo... sufro mucho... ¿no lo veis? ¿Qué he hecho yo para padecer tanto?

Y las lágrimas de Raoul caian ardientes, y sus frases, casi ininteligibles, interrumpidas por los sollozos, espiraban ahogándosele en la garganta.

—Nó, hermano mio—contestó la señora de la Tour du Roy,—no intentaré consolaros; comprendo vuestro dolor, del que participo; sé que todo consuelo seria inútil, pero os diré y os digo: No os dejeis abatir así. La desesperacion en que estais sumido es, á la vez que una falta, una debilidad. No se trata de llorar; se trata de luchar todavia y hasta el fin.

—¡Ah! ¡la lucha es impotente!

—¿Qué sabeis?

—Se ha intentado todo. La ciencia ha sido vencida.

—Yo nada sé, pero mi instinto de mujer me asegura que en tanto que anime á nuestra querida Juana un soplo de vida, será posible la salvacion.

—¡Ah, si os oyera el cielo!

—El cielo solo ayuda á los que no se abandonan. Aprovechad esta conversacion para decirme algunas cosas que ignoro. En vuestras cartas me dábais á entender la gravedad del mal, pero no me haciais pensar ni temer una catástrofe inminente.

—No queria creer que semejante catástrofe pudiera tener lugar, y á pesar de la evidencia me obstinaba en conservar las ilusiones.

—¿Y como la habeis perdido?

—Lenta y progresivamente. Cada dia he ido perdiendo una parte. Por fin abrí los ojos á la realidad y me he rendido á la evidencia.

Lazarine continuó:

—Cuando salí de la Tour du Roy, semanas antes de mi alumbramiento, me decíais que Juana se hallaba en un estado de debilidad anormal y alarmante, pero que no sufria enfermedad alguna caracterizada.

—Los sufrimientos se presentaron despues. La pobre niña ha experimentado crísis atroces que no hubiera quizá resistido un hombre vigoroso y en la flor de su edad. ¡Juzgad que efecto habrán producido esas crísis en el delicado cuerpo de mi adorada Juana!

—¿A qué médicos habeis llamado?

—A los mas célebres.... he provocado una consulta de los primeros médicos de Paris, y han acudido á mi llamamiento.

—¿Y qué han dicho?

—Muchas palabras que pueden resumirse en esta frase: *No conocemos la enfermedad.*

—¡Es raro!

—No tan extraño como el mal mismo, que cambia de carácter cada dia, y hace por lo mismo estéril el tratamiento, puesto que los medios curativos indicados por la situacion de hoy se convierten en contrarios á la situacion de mañana. Estos combates sucesivos contra la misteriosa y terrible afeccion no conducian, como comprendereis, no podian conducir á ningun resultado útil. El mal, por el contrario, por diferentes que fueran sus aspectos, marchaba siempre y con paso seguro hácia un fin único y trágico. Juana actualmente ha llegado ya al último extremo de la debilidad. La implacable anemia descompone en sus venas su jóven sangre, rica y generosa. El fuego del dolor ha devorado su cuerpo, respetando su gracia. Es una sombra de sí misma, pero sombra y todo, siempre encantadora. Casi impal-

pable, adórasele todavia. Vais á verla, hermana mia, y tendreis piedad de mí, que voy á perderla. No hay que compadecer á la que muere, sino aquellos para quienes la vida del que muere es la vida, y á quien Dios condena á vivir á su pesar.

La marquesa, decidida á no dejar á Raoul entregarse inerme á su dolor, continuó preguntando:

—¿Quién cuida hoy de Juana?

—El doctor Máximo Giraud.

—¿Quién es ese doctor?

—El único médico en quien Juana confía.

—¿Y participais de esa confianza?

—Por completo. El doctor Máximo reune á un profundo saber un cariño profundísimo á Juana, á quien conoció en Hojas-Verdes antes de nuestro matrimonio, no es para él un cliente, es una hermana. No se ha separado de nosotros desde que existe peligro. En pié dia y noche, sin cansancio, sin desaliento, al menos en apariencia, disputa el terreno al mal, palmo á palmo. Si la ciencia y el cariño pudiesen hacer milagros, Juana conseguiria curarse.

II

—¡Con qué entusiasmo hablais de ese médico!—dijo Lazarine.

—No hago mas que hacerle justicia—replicó el conde.

—Sin embargo, su ciencia y su celo solo han obtenido hasta ahora resultados negativos.

—¿Puedo pedirle lo imposible? Se consagra á nosotros en cuerpo y alma. Todo cuanto es capaz á la humana fuerza, unida á la voluntad, sea cualquiera el resultado final, mi gratitud no reconocerá límites. Nuestra querida Juana asistida con la ternura que merece. Su primera doncella, humilde aldeana de los alrededores de Hojas-Verdes, sencilla y digna criatura, no vacilaria, estoy seguro, en dar su vida si con ella prolongara la de su señora.

—Eso es muy hermoso, hermano mio.

—Cierto, pero es natural. ¿Puede conocerse á Juana y no adorarla?